

frecuencia a la preposición *a*, y a un buen lápiz rojo que redujese a la mitad el contenido.—*E. M.*

UN CICLÓN EN JAMAICA, por *Richard Hughes* (1).

La literatura inglesa contemporánea nos da frecuentes sorpresas. Tenemos traducciones francesas accesibles de Virginia Woolf, de Margaret Kennedy, de David H. Lawrence y de Maurice Baring. Recientemente se han enriquecido las ediciones parisienses con una publicación relevante: *Un ciclón en Jamaica*, de Richard Hughes.

Hughes se ha dado a conocer con una novela que en todos sus aspectos huye de lo que estamos acostumbrados a apreciar en tal género literario. En inglés lleva el título de *A high wind in Jamaica*, que proviene de un episodio, causa de todos los hechos posteriores.

El autor habla allí de las aventuras de unos niños ingleses que, enviados por sus padres desde la Isla de Jamaica, donde habita la familia, al país de origen, Inglaterra, caen en manos de unos piratas y son causa de la captura de éstos.

El argumento es bien simple, pero sobre trama tan sencilla, el autor realiza una pintura espléndida del alma infantil y una excelente proyección del paisaje y ambiente antillanos. Se puede decir que sólo hay dos personajes fundamentales el trópico y los niños en bloque. Quizá la que tiene más relieve es una niña de dos años: Emily, pero en

(1) Plon, París, 1932.

realidad resulta un ejemplar típico de todos los demás.

No obstante ser una novela infantil, se destaca por sobre todas de un modo diverso y ejemplar. De *Tom Sawyer* se distingue por una mayor profundidad psicológica y también porque Hughes como Baring y Virginia Woolf, es un poeta. Hughes se relaciona con Mark Twain por la poesía, alta y espléndida poesía que empapa todo el libro y exalta las maestras escenas antillanas. El trópico alienta aquí con un realismo y un encanto que recuerda las páginas de Seabrook y de Tomlinson.

El humor de Hughes es más ácido que el de Mark Twain. Lo aventaja también por la curiosidad morbosa que se aleja del burguesismo tranquilo y honradote del novelista yanqui.

Emily con sus compañeros son más complicados que Tom Sawyer, Huckleberry, Finn, Vecky Tusher y los demás personajes de Twain, pero resultan más entretenidos y reales que éstos. Los niños de Mark Twain, que tanto nos divierten poseen sentimientos primarios. Estos se hacen patentes por encima de sus pesadas bromas y aventuras.

Las creaciones infantiles de Hughes son tan complicadas y tan verdícas que, después de leer el libro, se nos imagina que conocer el alma de un niño es lo más difícil. Se presenta ahí el alma infantil delante de la naturaleza. El ciclón, el terremoto, las bestias, sirven de reactivos.

Hughes nos da la reacción o la falta de reacción. La atmósfera.

de maravilla que resulta para el niño el mundo que nos rodea, la poesía de las cosas vulgares—esta poesía de la vulgaridad que caracteriza a nuestro tiempo—irradia ampliamente de la prosa del novelista británico. Un estilo dulce y coloreado, un suave humorismo y una energía descriptiva maravillosa nos permiten sentir los paisajes del trópico—la Jamaica y Santa Lucía—con toda la plenitud de lumbre y olor del caso. El calor y la transparencia del mar tropical, que hemos sentido en una estancia antillana, forman el encanto mayor de este libro.

Este es el decorado. Después están los hombres, figuras de un mundo diferente al de los niños. Estos hombres son piratas o negros antillanos o marineros. A veces, abogados u otros tipos sin gran interés. También están los padres, que completan a los diversos personajes. Pero si exceptuamos al capitán de los piratas—Jonsen,—el autor hace el mismo caso de los hombres que de Tabby, el gato salvaje de los niños de la familia Bas-Thompson, que muere violentamente en la noche del ciclón.

Hughes se ocupa seriamente sólo de lo que llena la atención de los niños y lo ve desde ese punto de vista. Aquí radica el interés y la novedad de su maestro relato poético.

Este punto de vista predomina en el autor de tal modo, que cuando habla en nombre propio nos parece que habla otro niño un poco más crecido; pero con la misma visión maravillosa del universo e idéntica

falta de respeto y de comprensión hacia las cosas de los hombres grandes.—*Ricardo A. Latcham.*

MARGARITA, EL AVIADOR Y EL MÉDICO, por *Juan Marín.*

Este libro que acaba de publicar en su *Colección de Autores Chilenos*, la Editorial Zig-Zag, es un reflejo fidelísimo del temperamento de su autor. Múltiple y dúctil, vigoroso y dinámico, Juan Marín es un tipo representativo de las inquietudes de su época. Hasta su estilo, deliciosamente sugerente, claro y móvil, con atrevidos escarceos en la frase, cae a veces en lo mecánico y hasta artificioso. Pero siempre interesa y apasiona. Nunca es banal.

La novela de Juan Marín es un trazo de vida chilena; acaso recarga la tinta en el claro-oscuro de aguafuerte con que nos presenta la figura de ese Presidente Lara, «inculto y vesánico», tipo calcado en la cohorte siniestra de la fauna política indoamericana—Rosas, Estrada Cabrera, Juan Vicente Gómez, etc.—y que tan bien supieron esculpir, en páginas apasionantes, Sarmiento, Eustasio Rivera y Mariano Azuela.

Empieza el relato con una conspiración fatalmente fracasada, contra el antropoide Presidente. Resalta la figura bizarra del aviador Jorge Luna, cuya buena estrella le señala como el único sobreviviente de la hazaña. Nuestras recónditas simpatías le siguen al través de las azarosas etapas de su fuga hacia